

RESEÑAS DE LIBROS

Alonso Quesada "Obras Completas" Tomo I. (Poesía: Informe sobre Alonso Quesada. *El lino de los sueños*) Edición, estudio y notas de Lázaro Santana. Eds. del Excmo. Cabildo Insular de G.C. Las Palmas, 1976, 225 pp.

Andrés Sánchez Robayna: "El primer Alonso Quesada. La poesía de *El lino de los sueños*". Prólogo de José Manuel Bleca. Excmo. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas. Plan Cultural. Las Palmas, 1977, 118 pp.

"*El lino de los sueños*" por Don Alonso Quesada. Prólogo de Don Miguel de Unamuno. Portada de Néstor. Edición facsímil de la de Imprenta Clásica Española. Madrid, 1915. Excmo. Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas. Plan Cultural. Las Palmas, 1976. 145 pp.

Tres libros sobre Alonso Quesada a la vez. Es ciertamente merecedora de señalarse esta coincidencia. Los lectores de poesía —si es que todavía los hay— de por estas islas estarán de enhorabuena. Y los estudiosos también. Principalmente estos últimos. Porque lo cierto es que para los escasos buenos poetas que tenemos, los estudiamos bien poco. Dos de estos libros vienen a llenar en parte ese vacío en lo que

respecta a Rafael Romero, poéticamente conocido como Alonso Quesada. Traen de nuevo a la actualidad la polémica sobre la significación y trascendencia de la obra del gran poeta "árido" que comparte con el otro igualmente gran poeta "sonoro" Tomás Morales, la máxima representación de la poesía canaria de todos los tiempos.

La edición del Tomo I de estas *Obras Completas* ha estado al cuidado de Lázaro Santana que escribe el extenso y documentado prólogo intitulado *Informe sobre Alonso Quesada*. Este Tomo I contiene íntegramente el primer libro importante publicado por A.Q.: *El lino de los sueños* (1915) igualmente editado en reproducción facsímil por el Plan Cultural de la Mancomunidad de Cabildos. Anteriormente ha aparecido ya el Tomo IV de estas O.C. (Prosa: *Crónicas de la ciudad y de la noche. Nuevas crónicas*). El plan general de las mismas se anuncia como sigue: Tomo II (Poesía: *Los caminos dispersos. Poema truncado de Madrid*). Tomo III (Teatro: *La Umbría. Llanura*). Tomo V (Prosa: *Smoking-Room. Las inquietudes del Hall. Otros cuentos*). Tomo VI y último (*Historias de la guerra y la paz*). Cuando se encuentre en librería el resto de los tomos podremos tener —por primera vez— una visión total de la importante obra del malogrado poeta preferido de Unamuno.

Ambos críticos (Lázaro Santana y Andrés Sánchez Robayna) centran su óptica respectiva sobre el primer Alonso Quesada (el de *El lino de los sueños*) en la relación y posibles —o imposibles— influencias de Unamuno, que aparece así como piedra de toque. Es cierto que el gran y contradictorio don Miguel debió causar en Rafael Romero (y no sólo en él) en aquellos sus primeros años adolescentes, un gran impacto. Es decir, que de hecho contribuyó a “abrirle los ojos” con su potente presencia y autorizada palabra. Pero es igualmente cierto que de una detenida y crítica lectura de los textos de Alonso Quesada no se puede desprender lícitamente una influencia directa del autor del *Cristo de Velázquez*, salvo quizás en la incorporación del verso blanco, que por otra parte A.Q. pudo recoger directamente de sus lecturas de poesía inglesa (W.B. Yeats sobre todo) y que estaba ya introducido en la poesía española de principios de siglo. En este sentido se manifiesta Lázaro Santana en el mencionado estudio: “Pero utilizar, como se ha hecho, esos desahogos personales como documentos probatorios del *sometimiento casi servil* de Quesada a la ética y la estética del 98 o la de Unamuno en particular, es llegar a una conclusión totalmente absurda, incomprendiendo todo el proceso íntimo de la relación entre los dos escritores”. (Pág. 29) Sánchez Robayna ve por su parte influencia de Unamuno en A.Q. de la forma que tratamos de resumir como sigue: a) En lo metafísico (no religioso) b) En la devoción común de ambos por Carducci (a quien atribuye la influencia en la adopción del verso libre) c) En un modernismo “interiorizado” o simbolista (en oposición a la “externidad” parnasiana), donde sin embargo reconoce más “la última vena de Darío y las posiciones estéticas de Antonio Machado y el

propio Juan Ramón Jiménez” d) En el sentido del paisaje (Págs. 28/30).

Si se me es permitido entrar en esta polémica, yo diría con Lázaro Santana (aunque éste no lo demuestre) que efectivamente en el quehacer poético de A.Q. no es manifiestamente apreciable la influencia de Unamuno. Si la poesía quedamos en que no se hace con ideas ni con sabios consejos sino con palabras y la correspondiente gramática poética, en la poesía de A.Q. no vemos ni metafísica (en sentido estricto. Tampoco la ve José Manuel Blecua en el prólogo del libro de A.S.R.), ni Carducci (retórica), ni Unamuno (en el sentimiento del paisaje por sí mismo), sino —como apunta A.S.R. en el apartado c)—, modernismo “interiorizado” o simbolista.

Lázaro Santana prosigue en el mismo párrafo de donde hemos extraído su anterior cita diciendo que A.Q. “utiliza sus propios recursos expresivos” y que los extrae de “la compleja trama de toda la literatura de la época (y no fundamentalmente de la española)”. Yo pienso que la cosa no es tan simple. A.Q. se inicia como poeta de la misma manera que casi todos los nuevos poetas: bebiendo en la tradición lírica de su propia lengua (“los romances orales”). Luego una decisiva influencia inicial que tanto L.S. como A.S.R. soslayan: la de Tomás Morales, su auténtico maestro. Y ya en el breve período de madurez (malogrado por su prematura desaparición) un desesperado y trágico esfuerzo por incorporarse a la tradición contemporánea de la poesía que se hacía en España (en aquel tiempo no se decía del Estado Español, esto ha sido una consecuencia del franquismo) en la vertiente que mejor encajaba a su sensibilidad, la simbolista. Y finalmente por ponerse incluso en línea con la vanguardia (Valle-Inclán, el novecentismo): su *Poema truncado de*

Madrid y Las inquietudes del Hall. Esto lo aclara suficientemente L.S. en el capítulo titulado *Modernismo, novecentismo* (Págs. 73 y ss.) Y lo que ya es un tópico en toda mención de Alonso Quesada, el sentido del humor (la “flema”) británico.

Quizás se pueda señalar en ambos críticos un excesivo apoyarse en conjeturas y suposiciones, en especulaciones al fin y al cabo, sobre influencias y motivaciones externas, con evidente olvido de un análisis lingüístico y sintáctico de la gramática de los propios textos (si bien A.S.R. lo hace de tipo estadístico y esquemático) lo que en mi opinión les hubiera deparado el descubrimiento de algunos aspectos sorprendentes de la poesía de A.Q., como por ejemplo, el tema de *la muerte como amada* de antiquísima y cara tradición en la lírica de habla española a ambos lados del Atlántico, y que curiosamente no ha

sido tocado por ninguno de los escasos estudiosos de la obra de A.Q. que sepamos.

Resumiendo —estamos sólo haciendo un breve comentario a estos dos importantes libros— Alonso Quesada es un exponente típico de la situación marginada en que se han encontrado desde siempre nuestros poetas y creadores y por consiguiente nuestra exigua literatura y poesía. Es un querer y no poder, una incesante búsqueda de identidad que podemos rastrear por todas sus obras, tanto en verso como en prosa. Estas dos aportaciones (la de A.S.R. ceñida estrictamente a una finalidad académica, presentada y leída por el autor como Tesis de Licenciatura en la Universidad de Barcelona, febrero de 1976), vienen a constituir un nuevo punto de partida desde ahora imprescindible para futuros estudios de nuestro insólito poeta de la soledad y el intimismo.

JOSE LUIS GALLARDO

